

CAPÍTULO IV

Ojeada á los monumentos de la dominación de los reyes de Aragón

SANTA MARÍA DEL MAR



EN los primeros siglos de la era cristiana ilustró esta iglesia una joven mártir barcelonesa; algunos celosos hermanos en fe recogieron sus tiernos y ensangrentados miembros, y á la luz de las estrellas cavaron humilde huesa á una de las más bellas y más ardientes hijas de aquella religión que tantos progresos debía acarrear después, si es que no acarrea ya, á la civilización europea. La piedad de los barceloneses sin duda levantó un templo donde sólo existía un sepulcro, así que la religión de Cristo pudo erigirlos en todo el imperio (a).

En el año 1000, el obispo Aecio fundó allí otro reducido tem-

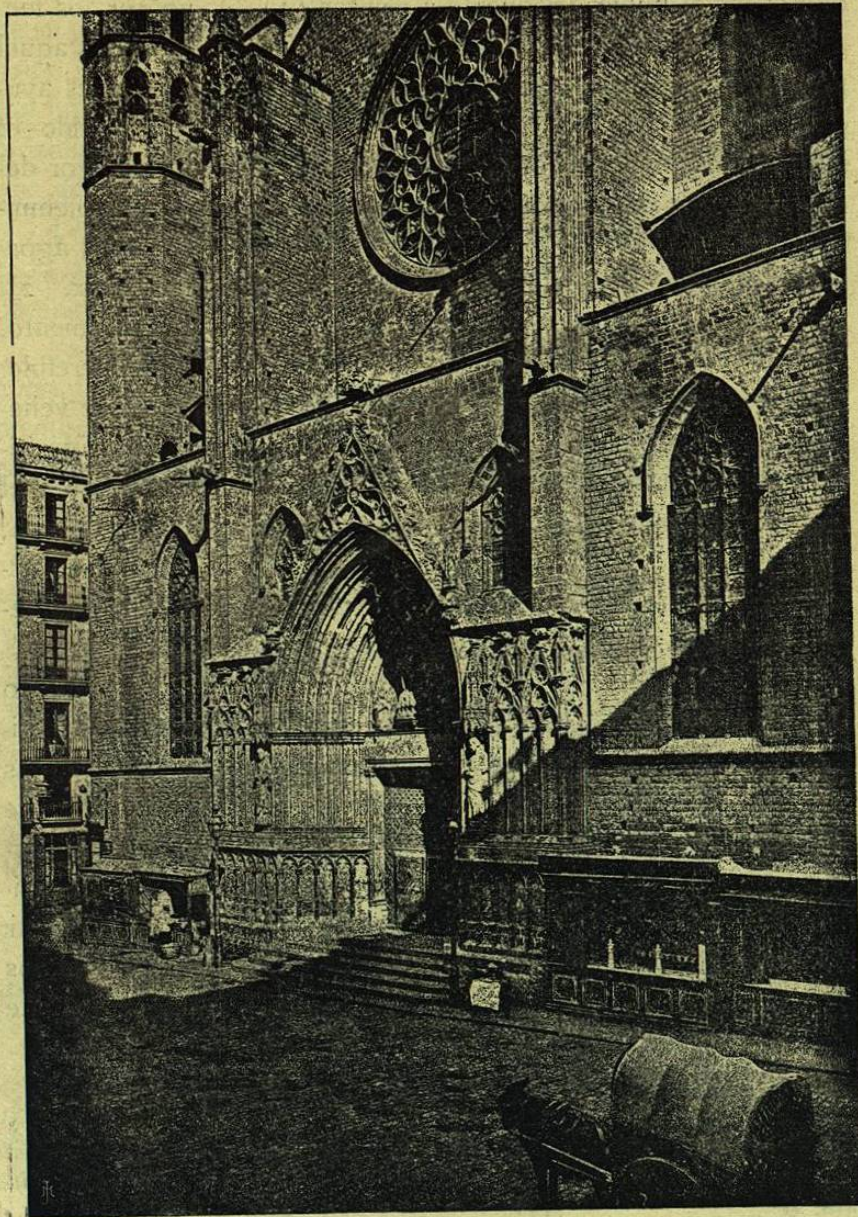
(a) Era la ermita ó capilla que fué construída en el siglo III ó en el IV en el sitio donde había sido sepultada Santa Eulalia por San Félix y sus parientes.

plo, que se intituló Santa María de las Arenas. Pero en 1329 (1), en aquella época de tantas gloriosas expediciones marítimas, el acrecentamiento de los vecinos de aquella parroquia, ricos con el ensanche del comercio, exigía que se construyese otro más capaz que el de aquel prelado. La devoción y liberalidades de los feligreses echaron los cimientos de tan elegante obra, como asegura el sabio Campmany; y ciertamente honroso es para aquellos dignos barceloneses haber fundado una fábrica con que todavía se envanece su patria; mas ¿qué serían esos negociantes y ciudadanos que erigían un santuario que rivaliza con los que se deben al poder y magnificencia de los mayores monarcas? Hasta el día presente no ha visto la luz pública documento alguno que les arrebatase esa gloria atestiguando el nombre de otro fundador, y antes bien la misma historia viene en su ayuda y corrobora el aserto de Campmany. Después del terrible incendio que en 1379 (a) sufrió este edificio, del cual se abrasó buena parte, el rey don Pedro III *el ceremonioso*, á 10 de marzo de aquel año, participó desde Barcelona aquel desastre al cardenal de Pamplona, suplicándole al mismo tiempo que en su calidad de rector ó párroco de dicha iglesia, admitiese benigneamente á Bernardo de Marimón y Bernardo Ça Muncada, comisionados que le enviaba la parroquia para que les concediese algún auxilio sobre los frutos de la iglesia para reparar el templo, especialmente la sacristía, altar, coro (b) y aun las bóvedas

(1) Esta primera época del principio ó fundación de la fábrica actual se ve comprobada por dos inscripciones colocadas una á la derecha y otra á la izquierda de la puerta lateral de mediodía. La primera, en lengua vulgar, dice así: *En nom de la Santa Trinitat á honor de Madona Sancta Maria fo començada la obra daquesta Esgleya lo die de Sancta Maria de mars en lany M.CCC.XXVIII, regnant Nanfos per la gracia de Deu Rey de Aragó qui conquis lo regne de Serdenya*. La segunda está en latín: *In nomine Domini nostri Jesu-Christi ad honorem Sanctæ Mariæ fuit inceptum opus fabricæ Ecclesiæ Beatæ Mariæ de mari, die Anunciationis ejusdem, VII Kal. aprilis: anno Domini M.CCC.XXVIII*.

(a) El incendio tuvo lugar en la noche después del día de Navidad anterior, que es por lo tanto del año 1378. Véase PI y ARIMÓN, *Barcelona antigua y moderna*, t. 1, pág. 470.

(b) La magnífica sillería del coro, que ocupaba el centro del templo, se construyó por los maestros carpinteros Francisco Janer y Lorenzo Rexach, según



FACHADA DE SANTA MARÍA DEL MAR

que el fuego hubiese reducido á cenizas (1). Á no ser los feligreses los primitivos fundadores, no hubiesen mandado á aquel prelado comisionados que, en su nombre, le suplicasen les ayudara á costear la reparación de lo que hubiese consumido el incendio. Restaurado por fin lo que había sufrido el rigor del elemento, á 3 de noviembre de 1383 se puso con gran solemnidad la última piedra que cerró la postrera bóveda, y á 15 agosto del siguiente año celebróse en su altar la primera misa (2).

Si existe en el orden gótico gracia, ligereza y atrevimiento, Santa María reúne esas cualidades en un grado casi increíble. ¿Quién al ver la sencillez y gusto de su fachada no siente vehemente deseo de contemplar su interior? Fórmanla dos ligerísimos campanarios colocados en sus extremos; levántase en el centro la portada en ojiva bastante profunda, y encima de ella, entre dos estribos que se erigen hasta algunos palmos de distancia del techo, ábrese un grande y riquísimo rosetón que derrama pintada lumbre en toda la nave central.

Sorprende el aspecto que ofrece el interior, si es que no atemoriza á primera vista al que observa su ligereza y atrevimiento. Sobre catorce altos y delgados pilares, que separan las tres naves, arrancan elevadísimos arcos que forman bóvedas de poquísimos espesor: osadía del arte y admiración de cuántos arquitectos visitan aquel templo. Altas y numerosas son las capillas que guarnecen las naves colaterales; pero por no fastidiar á nuestros lectores no queremos mencionar ni muchos ridículos altares que en ellas se notan, ni aquellas tapiadas ventanas que tanta luz y gracia darían al edificio (3).

consta por el contrato que firmaron al efecto con Luís de Gualbes, Jaime Colom y Jaime Amargós, mercaderes, obreros de la parroquia en 9 de Junio de 1424. Véase PUIGGARÍ, *Garlandà de joyells, estudis é impressions de Barcelona monumental*, pág. 96.

(1) *Condes vindicados*, tomo 2.º, pág. 269.

(2) BRUNIQUER, tomo 2.º, cap. XXXII. Archivo municipal.

(3) Una mala costumbre se observa en esta Iglesia: en las festividades solemnes se tapizan ó tapan las capillas con colgaduras de damasco listadas de amarillo y rojo, que corren toda la longitud de las naves colaterales; de modo que

También en este templo dejó *Francisco Durán* una muestra de su gusto y saber; y las bien trabajadas arañas de cobre que, como las de la Catedral, construyó á fines del siglo pasado, serán un eterno testimonio de que sólo faltó la buena voluntad y filosofía al adornar un santuario de la Edad media con los delirios del *barroquismo*.

Tiene esta Iglesia cuatro puertas, una en el frontis, una en cada lado de las naves laterales, y otra en el extremo, detrás del presbiterio, la cual conduce á la plaza del Borne.

Vanas han sido cuántas inquisiciones hemos practicado para averiguar quién fué el artífice que ideó tan bella obra. Los documentos y libros de la misma Iglesia, que deberían contener algo relativo á esta materia, principian en 1468, y pocas esperanzas

nadie diría que hay en ellas capillas altas y airosas, si por encima de los muy inoportunos damascos no asomasen su extremidad las pobres ojivas. Cuando el arquitecto formó el plan general, ¿acaso las construyó para que las tapasen después? Un grandioso templo gótico no necesita adornos ni colgaduras: toda su belleza consiste en su forma, y Santa María no tiene que echar menos la de ninguna iglesia de España. Pero no se limitó á esto el mal gusto del que introdujo esa pésima costumbre; sino que también quiso disfrazar á los pilares, y les cortó unas colgaduras, á manera de túnicas, que ni les llegan á la base ni al capitel. Hora es ya de que se reformen los abusos que el mal gusto de estas últimas épocas introdujo en casi todas las producciones del arte, y los señores directores ó administradores de este templo darían una prueba de la pureza del suyo, reparando en lo posible el yerro de sus antecesores (a).

Las fábricas góticas de la forma de la que describimos, casi no necesitan altar mayor: el grupo de los pilares que sostienen la bóveda del ábside forman por sí solos una especie de dosel, y una simple ara bastaría á veces para celebrar los divinos oficios. Sin hacer caso de estas consideraciones, á 31 de diciembre de 1630 se puso la primera piedra en el Altar mayor actual, costado por los feligreses, y á 2 de febrero de 1637 se celebró la fiesta de su dedicación ó consagración. No hay sufrimiento que baste para trazar una embrollada descripción de tal embrollo de mármol; sólo diremos que se asegura costó cien mil ducados, los cuales, como dice el sabio Ponz (1), se podían haber dado de buena gana para que no quedase este mal ejemplo del arte en Barcelona (b). En las naves laterales se armonizan con él un recargado órgano y una pesadísima tribuna.

(a) Han desaparecido semejantes abusos, habiéndose entrado ya, si bien que paulatinamente, en vías de una entendida restauración, que ha empezado por sustituir algunos altares barrocos por otros más conformes con el estilo del templo, abriéndose los ventanales tapiados donde se van colocando vidrieras de colores.

(1) *Viaje de España*, tomo XIV, páginas 16, 17 y 18.

(b) El altar actual no es el que se concluyó en 1637, sino otro empezado en 1771, y terminado en 1782.

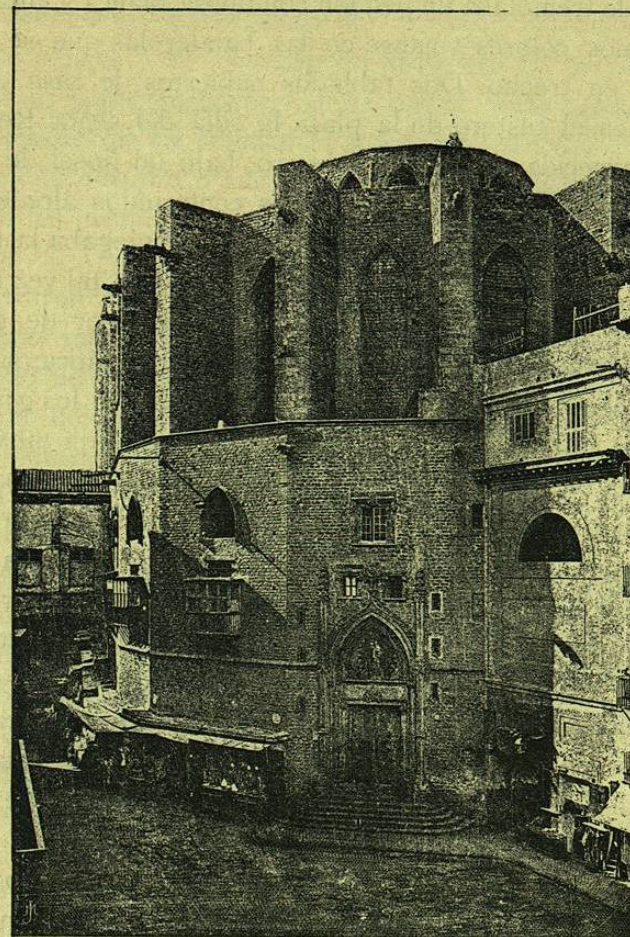
nos quedan de que en lo sucesivo tal vez un anticuario celoso del honor de su país pueda encontrar el nombre que ahora llamamos á pesar nuestro. Como quiera que sea, mientras subsista será la admiración de cuántos fijen su vista en ella; pues son tan airosas sus partes y tanta la osadía que en el todo se nota, que dijérase que el arquitecto la construyó así alta, sutil y ligera, como si temiese la poca profundidad del terreno, ó si debiese competir en gracia y gallardía con las vistosas galeras que cerca de ella se columpiaban.

Al salir por la puerta de detrás del presbiterio, ábrense á nuestros piés la plaza del Borne, que nos ofrece el cuadro vivo y animado del mercado de una ciudad populosa (a). Sorprende ciertamente tanto movimiento al lado del sublime silencio y majestad del santuario; y, sin embargo, no siempre resonaron en aquel lugar sólo gritos de la muchedumbre pacífica que acude allí para procurarse el sustento preciso: el toque de arremetida allí llamaba un tiempo los caballeros á la pelea, cuando aquella era plaza de los torneos que se daban en Barcelona. Muchas son las justas que anotadas se encuentran en los dietarios de entonces, pero pocas las que contienen detalladas circunstancias del hecho, que es lo que más realza é ilustra tales narraciones. Así, pues, uno de los más notables, y quizá el único que nos conserva los nombres de los que en él lidiaron, es el que en 6 de agosto de 1424 mantuvo el rey D. Alfonso V de Aragón, y por su relación podemos venir en conocimiento poco más ó menos de lo que eran en Barcelona tales regocijos y ejercicios en aquellos tiempos (1).—Estaba el infante D. Pedro bloqueado en los castillos de Nápoles, y por orden del Rey se aprestaron veinte y cuatro galeras con mucha gente de desembarco, llevando por

(a) Trasladado el mercado al nuevo y elegante edificio construído en el extremo oriental de la plaza, ha quedado ésta despejada y convertida en un paseo.

(1) Ceremonial de cosas antiguas memorables: fol. 39, 40, 41, Archivo municipal.

General de la expedición á D. Fadrique de Aragón, hijo natural del rey D. Martín de Sicilia, y por Almirante á Ramón de Pere-



ÁBSIDE EXTERIOR DE SANTA MARÍA DEL MAR

llós; tan brillante é imponente era este armamento, y tantas las esperanzas que su sola vista infundía, que el Rey resolvió en celebridad sostener justas en la plaza destinada para estos juegos.

Estaba esta cubierta de ricas colgaduras, de paños blancos y encarnados, mientras en sus cuatro lados empavesábanla varias telas de raso. En cada extremo del palenque alzábase un catafalco, donde tremolaba un pendón con divisa blanca y encarnada, y los mismos colores veíanse en las banderolas que se fijaron de trecho en trecho. Dos tabladillos cubiertos de raso de seda sostenían en el testero de la plaza la silla del señor Rey, ricamente guarnecida de brocado de oro, bajo un dosel de tisú de aquel mismo metal. En los andamios contruídos alrededor de todo aquel sitio, lujosamente entapizados, desplegaba la nobleza y la corte toda su pompa y magnificencia; y allí tal vez noble y gentil doncella escuchaba los conceptos de amor de galán y apuesto caballero en sutil, sabrosa y cortesana plática, si es que el buen Mossén Borra no esparcía júbilo y placer en los grupos de los señores con los chistes de su agudo ingenio. Allí tal vez más de un ennegrecido marino, que en su vida mostró las espaldas al genovés, contemplaba con ceñudo rostro aquel brillante aparato, ó lanzaba miradas de desdén sobre aquel mentido campo de batalla, cotejándolo en su interior con la sangrienta refriega de abordaje, con aquel terrible trance en que, sobre el movable y vacilante puente de una tabla, con un abismo debajo, entre el horrible silbar de las ballestas, se lanzaba el guerrero catalán á la enemiga embarcación para exterminar ó ser exterminado.

Por fin el sonido de las trompetas y las tonadas de los ministriles hicieron caracolear los impacientes caballos de los aventureros que se presentaran al torneo y que vistosamente llenaban el palenque, y anunciaron la llegada de los mantenedores que, saliendo del palacio Real y pasando por la plaza del Blat (Angel), Boria y calle de Moncada, entraban en el Borne, acompañados de numerosos Barones, Caballeros, Gentiles-hombres, Ciudadanos honrados y demás gente de distinción. Precedíanles treinta lanzas de justar, pintadas de blanco y encarnado, que llevaban treinta sujetos de calidad. Abría la marcha el mantenedor Mossén Ramón de Mur, y llevaba su yelmo Mossén

Corella, y su escudo Mossén Francisco de Erill. Seguía Mossén Bernardo de Centellas, cuyo yelmo sostenía Mossén Bernardo de Brocá, y el escudo el honorable Dalmao de Sent Just. Venía por fin el señor Rey, y el Conde de Cardona, célebre Almirante, tenía su yelmo, y el Vizconde de Rocaberti su broquel. Todos tres lucían galas y gallardía en su atavío; listas blancas y encarnadas matizaban las riquísimas sobrevestas debajo de las cuales relucía fuerte coraza, y sus fogosos caballos manchaban de blanca espuma los mismos colores que resaltaban en sus guarniciones de seda.

Entraron en la plaza, y cada mantenedor dió una muestra de su aire marcial, gracia y destreza en el manejo del bridón, corriendo un rodeo alrededor de la estacada. Calló el gozoso murmullo del gentío, y salió á justar el Señor Rey. Ostentaba escudo cubierto de raso liso azul, partido por una banda de oro, á guisa del de *Tristán de Lahonis*. Diez fueron los aventureros con quienes lidió, y los antiguos apuntes nombran á Mossén Berenguer de Fontcuberta, Fray Gilaberto de Monsoriu, P. Dussay, Mossén Francisco Desvall, P. Nunyo, Juan de Vilamarí, Bernardo de Gualbes, Mossén Coharasa, Jaime Çapila y Bernardo de Marimón. Muchas astas se rompieron, y en todos los encuentros dábale al Rey la lanza el conde de Cardona y servíanle á pié y á caballo muchos caballeros de su corte. Airoso en todas las carreras y fatigado por la violencia del ejercicio, quedóse por fin en su silla real, en la cual ya se sentara varias veces después de librar algún aventurero, y dejó el campo á su compañero Mossén Ramón de Mur. Embrazaba éste broquel cubierto de raso liso negro, en que estaban pintadas dos espadas, armas de *Palomides*, y servíanle cuando justaba Mossén Corella y Mossén Francisco de Erill. Presentóse á justar después el último mantenedor Mossén Bernardo de Centellas, cuyo escudo veíase cubierto de damasco blanco y verde, partido de alto á bajo, y le servían Mossén Juan Desllor y Mossén Bernardo de Brocá. Lidiaron con Mossén Bernardo Mercader, Juan de Gualbes, G. Destorrent, Mos-

sén Bartolome de Palou, G. de Sent Climent, Benito de Jonquer, Fray Barutell, Bernardo de Requesens, Mossén Berenguer de Fontcuberta, Fray Gilaberto de Monsoriu, Mossén Francisco Desvall, Mossén Juan Vilamarí, Bernardo Çapila, Mossén Luís de Falces, Busquets *el rojo*, el hijo del marqués de Oristán, Mossén Bernardo Miguel, el Sobrino del vicecanciller, Mossén Juan Sor, Bernardo Turell, Juan de Marimón. Quebraron ambos muchas lanzas, dejando en veinte y un encuentros bien sentada su fama de diestros en el ejercicio de las armas.

Ya el sol ocultárase tras las vecinas cumbres, y la parda masa de Santa María derramaba su dilatada sombra por el recinto de la plaza. Sonaron de nuevo las trompetas, rompióse el palenque, y con el mismo contento universal regresó el Rey á su palacio, donde estaba preparada una magnífica cena para la corte y caballeros que justaron en el torneo. Siguióse después una *solemne colación*: y mientras las rojas ventanas del palacio lanzaban afuera el resplandor de las luces y los sonos del sarao, que en la cámara de respeto del Rey se celebraba; en la rada disponían los marinos sus galeras y preparábanse para ir á recoger en las aguas de Nápoles y Génova triunfos más costosos y honoríficos, donde debían celebrar su victoria con las humeantes luminarias que en Sestri, Bonifacio, Portofín y en todas aquellas costas encendieron después sus manos vengadoras.

Algunos años después, en 1455, con motivo de la llegada á Barcelona del Conde de Foix y de su esposa, hija del rey de Navarra, celebróse otro torneo que, aunque no se detallan en el dietario sus circunstancias, tiene la particularidad de haber durado muchos días, y de conservarse en la apuntación los nombres de los campeones (1). Fué el primer día un jueves, 13 de noviembre, en que fueron mantenedores los tres hijos de Mossén Bernardo Çapila, Ciudadano, que se presentaron á justar acompañados de su padre y de lo más distinguido de la

(1) Archivo municipal, Dietario de 1455.

Ciudad, sacando ricas galas y lucientes armaduras. Al día siguiente, 14 de aquel mes, prosiguióse la fiesta y fué Campeón Bernardo Juan de Junyent. El 20 efectuóse el combate general de caballeros; dividiéronse en dos cuadrillas, de las cuales pelearon en la una el Conde de Foix, Felipe Alberto, hijo bastardo del rey de Navarra, Mossén Juan de N..., y el hermano del barón Darill ó de Eril; y en la otra don Juan de Prades, conde de Prades, Mossén de Palou, Juan de Marimón, y el comendador en cargos de Alfama. El 24 y 25 mantuvo otro torneo el Conde de Foix, en muestra de su agradecimiento á los obsequios que la ciudad le tributara.

Así continuaron celebrándose en el Borne los antiguos ejercicios, perdiendo cada día algo de lo imponente y poético que tuvieron en la baja edad, hasta que á mediados del 1600 comenzaron á reemplazarlos las solas corridas de caballos, que á su vez cedieron la plaza á las de toros (1).

SANTA CATALINA

De una sola nave constaba este templo, y su grandiosidad corría parejas con las mejores fábricas del mismo género. La liberalidad de los barceloneses había en 1252 levantado la obra hasta el arranque de los arcos, y como aquella no bastase para su conclusión, el Rey don Jaime I concedió un impuesto sobre las mercancías que se descargaban en el puerto para rematarla, como se verificó en 1268. Costearon las capillas laterales los nobles señores Berenguer y Blanca de Moncada, y estaban depositados sus restos en un urna embutida en la capilla de San Jacinto (a).

(1) En un Dietario de 1677, archivo municipal, se ve que en la plaza de palacio hubo corrida de toros á 13 y 14 de enero; y á 1.º de marzo se hizo otra, repitiéndose con frecuencia en lo sucesivo.

(a) Perteneía este templo á la Orden de Predicadores de Santo Domingo quienes desde 1210, en que llegaron á Barcelona, habían habitado unas pequeñas casas junto al Call.